

LA FILOSOFÍA (*)

LA FILOSOFÍA COMO CONCEPTO PURO, Y LAS VARIAS DEFINICIONES DE LA FILOSOFÍA. DE- FINICIONES QUE NIEGAN LA FILOSOFÍA.

Que la filosofía es el concepto puro o (si place decir la misma cosa con más palabras y menos exactitud) la ciencia que tiene por criterio propio el concepto puro, es una manera de pensar que se puede encontrar en todas las definiciones que siempre se han dado de la filosofía. Si, en todas, excluyendo entiéndase bien las que, negando el concepto puro, niegan la filosofía, y que por ello no son propiamente definiciones de la filosofía, si bien, al contradecirse en su aspecto intrínseco, implican también ellas en algún modo y sobreentienden la definición de la filosofía como concepto puro. Tal es el caso de las doctrinas ya examinadas del estetismo, del misticismo y del empirismo (y también del matematismo), sobre todas las cuales volveremos en los lugares respectivos de este tratado. La filosofía, dicen ellas a cada momento, es el arte, es el sentimiento, es el concepto empírico (o el concepto abstracto), pero un arte que se diferencia en cierto modo de las restantes, un sentimiento que adquiere un valor especial, un concepto empírico o abstracto que supera y mira por encima a los otros, y por ello es también

* Traduce Harold Darquier, el 2º cap., de la 2ª parte, de la *Logica* de B. Croce, 5ª edición, 1928, págs. 168-179.

una cosa especial, un modo de reflexión "suí generis"; o sea un arte que no es arte, un sentimiento que no es sentimiento y un concepto empírico que no es empírico: todas expresiones negativas o indeterminadas con las cuales también se tiende hacia el concepto puro. El empirismo muestra abierta esta su íntima contradicción cuando sostiene una filosofía como sistematización o síntesis de los resultados ofrecidos por las ciencias empíricas, porque, desde que afirma una filosofía empírica, pide algo que confiesa no obtenible por las ciencias empíricas, las que si lo suministraran estarían ya sistematizadas y sintetizadas por sí mismas, y la ulterior elaboración pedida se tornaría completamente superflua.

OTRAS QUE LA DEFINEN COMO CIENCIA
DE LOS SUPREMOS PRINCIPIOS, DE
LAS CAUSAS ÚLTIMAS, ETCÉTERA.

Explícitamente, si bien en forma variada, afirman el único carácter del concepto puro todas las otras definiciones que reconocen la autonomía y originalidad de la filosofía. Tales son las que consideran la filosofía como *ciencia de los supremos principios de lo real*, *ciencia de las causas últimas*, *ciencia del origen de las cosas*, y otras por el estilo. Donde los supremos principios son, evidentemente, no ya cosas reales o grupos de cosas reales o esquemas vacíos sino los generadores ideales de lo real; las causas últimas no son más causas, porque la causa no es jamás última, siendo siempre el efecto de una causa antecedente, sino son los principios ideales; el origen no es el origen histórico de este o aquel hecho singular, sino la deducción ideal del hecho de los hechos, o sea de la realidad omnipresente. El mismo pensamiento está expresado por el dicho imaginado de que la filosofía es contemplación de la muerte: porque ¿qué cosa muere sino lo singular? ¿Y la contemplación de la muerte de lo singular no es por lo mismo la de la inmortalidad de lo universal, la contemplación del eterno? Lo que da motivo a la otra fórmula definitoria de la filosofía como visión de las cosas "sub specie æterni".

COMO ELABORACIÓN DE LOS CONCEPTOS, CRÍTICA, CIENCIA DE NORMAS.

El carácter del concepto puro es también afirmado en la definición de la filosofía como *elaboración de los conceptos*, que las otras ciencias hubieran dejado imperfectos y contradictorios entre sí. Porque lo cierto es que ninguna actividad humana tiene por fin lo imperfecto y lo contradictorio, y si las otras ciencias de necesidad se desenvuelven entre conceptos que parecen imperfectos y contradictorios, quiere decir que no aspiran a construir conceptos verdaderos y propios, conceptos coherentes y no contradictorios, que son contenido de la filosofía. Y otra vez se ha dicho que la filosofía no es ciencia sino *crítica de la ciencia*; y como la crítica importa colocarse por sobre el objeto criticado en virtud de un concepto superior, y ya que aquí se trata de todos los conceptos de la ciencia, es claro que se exige una forma superior de concepto. Y otra vez aún la filosofía ha sido definida *ciencia de normas y de valores*, que no pudiendo ser extraños a cosas de las que son normas y valores, se nos revelan como no otra cosa que sus ideas o conceptos puros.

COMO DOCTRINA DE LAS CATEGORÍAS.

Si la filosofía es el concepto puro, ella implica hacer las distinciones del concepto puro, o sea todos los conceptos puros aptos para hacer de predicados en los juicios individuales, esto es, de categorías. Y he aquí que se esclarece otra definición de la filosofía: la filosofía es *la doctrina de las categorías*, ya aceptada por nosotros cuando, en vez de asignar sólo a la Lógica la determinación de las categorías, la habíamos considerado como el asunto propio de toda la filosofía. En la que la Lógica está como Categoría de la categoría o Filosofía de la filosofía y parece estar al mismo tiempo dentro y sobre la Filosofía, porque la completa superándola y la supera completándola, bien que verdaderamente, al par de toda otra ciencia filosófica, esté dentro y no fuera de la Filosofía, así como (si se concede el parangón) el espejo de agua, que refleja el paisaje, es él mismo, parte del paisaje.

EXCLUSIÓN DE LAS DEFINICIONES MATERIALES DE LA FILOSOFÍA.

Las definiciones que hemos querido recordar e interpretar (y otras que dejamos al recuerdo y a la interpretación del lector) son todas formales en el sentido legítimo de la palabra: definen la eterna naturaleza de la filosofía y no determinan explícitamente ninguna solución particular de los otros problemas filosóficos particulares, bien que implícitamente, como es natural, determinan una, es decir, no pueden concordar más que con una sola solución. Y en homenaje a este carácter formal no habíamos tenido y no tendremos en cuenta las definiciones que importan la solución explícita de los problemas filosóficos, o sea la Filosofía construída en su totalidad. Tal es, por ejemplo, la que considera a la Filosofía *como el conocerse a sí mismo*, como se dijo ya en los albores del pensamiento helénico; el retorno a la interioridad en que habita la verdad, según el dicho agustiniano; *la ciencia del Espíritu*, como decimos nosotros. Esta definición ofrece algo más que el aspecto meramente lógico de la Filosofía; pero considerando este aspecto exclusivamente deberíamos decir que la Filosofía será la ciencia de Dios o del Diablo, del Espíritu o de la materia, de la finalidad o del mecanismo y de cualquier otra cosa que por hipótesis sea propuesta a la investigación, bajo condición de que esta cosa cualquiera pueda ser pensada *como concepto puro o Idea*. Quien negase tal condición no negaría ya esta o aquella filosofía, sino, como se ha visto, la filosofía misma, en beneficio del arte, de la acción o de lo que sea. 7

IDEALISMO DE TODA FILOSOFÍA.

Pero si la Filosofía es en su naturaleza lógica concepto puro o idea, toda filosofía, cualquiera sea la conclusión a que llegue, cualesquiera sean los errores en que caiga, es, en su carácter esencial y en su profunda tendencia, idealismo. Punto que ha sido reconocido por los filósofos de las más diversas y opuestas escuelas (por Hegel, por ejemplo, y por Herbart); y es una verdad digna de inculcar a los que la ignoran y de recordar a los que la hubieran olvidado. La filosofía determinista niega

el fin y afirma la causa; pero la causa que pone como principio no es ya esta o aquella causa, sino más bien la idea de causa; el materialismo niega el pensamiento y afirma la materia, pero no esta o aquella materia, que componga este o aquel cuerpo, sino la idea de materia; el naturalismo niega el espíritu y afirma la naturaleza, pero no esta o aquella manifestación de la naturaleza, sino la naturaleza como idea. Por ello cuando se cree dar como principio explicativo de la realidad un particular hecho natural, este hecho es idealizado y equivale a la idea de sí mismo, generador de sí mismo y de todos los otros; *el agua de Thales* (ha sido notado varias veces), por lo mismo que es tomada como principio, no es ya agua empíricamente, sino el agua metafísica e ideal: del mismo modo que los *números de Pitágoras* no son los de la tabla pitagórica, sino principios cósmicos e ideas. El teísmo no cree que se pueda tener razón suficiente de la realidad si no se pone un Dios personal por encima y fuera del mundo; pero este Dios, aunque pueda ser envuelto en representaciones sensibles y colocado sobre el Sinaí o sobre el Olimpo, es siempre algo no representable: es la idea de una divinidad personal, la idea de un Jehová o de un Júpiter. La filosofía que se dice idealista en el sentido estricto (y mejor se diría activista, finalista o espiritualista absoluta), entiende probar, por ejemplo, que causa, materia, naturaleza, número, agua, Jehová, Júpiter y los semejantes no son pensables como conceptos puros y desenvuelven, en tanto que tales contradicciones, y, por consiguiente, que aquellas filosofías no son suficientes. Lo que quiere decir que *reputa el idealismo* de aquellas filosofías como *insuficiente*, es decir que aquellas filosofías no sean pares a sí mismas y permanezcan inferiores a su asunto intrínseco; pero no que su asunto no sea idealístico. Si así no fuese, no sería asunto filosófico y no se podría someterlo a crítica.

CARÁCTER SISTEMÁTICO DE LA FILOSOFÍA.

De la identidad de la filosofía con el concepto puro se deduce también la necesidad de su carácter sistemático.

Pensar un determinado concepto puro significa pensarlo en su relación de unidad y distinción con todos los otros; de ma-

nera que el que se piensa no es nunca en realidad un concepto singular, sino *el sistema de los conceptos, el Concepto*. A la inversa, pensar el concepto como universal no es posible sino por una arbitraria abstracción: pensarlo en verdad como universal vale pensarlo junto como particular y singular; esto es, pensar el entero sistema *de los conceptos distintos*. Los que quieren pensar filosóficamente un concepto aislado sin atender a los otros, son semejantes a los médicos que quieren curar un órgano sin cuidarse del organismo: con esa cura es posible que el órgano se sane, pero también que el organismo muera, y el órgano sanado muera también con el todo. El verdadero filósofo, al llevar la más pequeña modificación a un concepto, tiene siempre en vista el sistema entero; porque sabe que aquella modificación, por pequeña y circunscrita que parezca, modifica en algún modo el todo.

SIGNIFICADO FILOSÓFICO Y SIGNIFICADO LITERARIO DE LA PALABRA "SISTEMA".

El carácter sistemático de la filosofía, entendido en su valor lógico, concierne a toda proposición filosófica singular, que es siempre un cosmos filosófico, como toda gota de agua es el océano, más bien el mundo todo, contraído en esa gota de agua. Es apenas necesario distinguir de éste el sistema *en sentido literario*, que es el nombre dado a ciertas formas de exposición que abrazan grupos de problemas, considerados tradicionalmente como objeto propio de la filosofía o que un pensador particular considera como la suma de los problemas *vivos* en su momento histórico. Así que cuando muchos o algunos de aquellos grupos no reciben un explícito trato literario se suele decir que falta el sistema. Falta, en efecto, el cumplimiento de una tarea literaria o didascálica; pero el sistema todavía existe, porque hay sistema aun en el tratado monográfico de un problema particularísimo, siempre que este problema esté encarado con energía filosófica o sea con energía sistematizadora o sistemática. Que después el mismo pensador, pasando a otro problema, lo resuelva mal y contradiga la solución dada precedentemente, prueba, no que él no poseyese primero un sistema, sino que

frente a una nueva dificultad lo ha extraviado: primero fué filósofo y por ello sistemático; después no fué bastante filósofo y por eso no bastante sistemático.

VENTAJAS E INCONVENIENTES DE LA FORMA LITERARIA DEL SISTEMA.

Las agrupaciones tradicionales de los problemas y la construcción del sistema en el significado literario y pedagógico tienen ciertamente su utilidad (todo lo que existe tiene oficio y valor propios) porque conservan y promueven la cultura adquirida, construyendo a examinar las dificultades, que si fuesen abandonadas podrían resultar inesperadamente de grave estorbo y daño. De aquí el amor por el sistema o por la forma literaria del sistema: amor que también nutre el ánimo del autor de estas páginas y del cual ha procurado dar una prueba, escribiendo un sistema, después de un tiempo en que no se escribían más, al menos en Italia (si no se quiere llamar así a los manuales escolares) y desafiando el ridículo de la empresa, lo que no es pequeño mérito. Pero tienen algún inconveniente, induciendo a veces a volver a exponer fastidiosamente problemas agotados, cuyas soluciones han pasado a la cultura común y cuyo tratamiento puede ser oportunamente sobreentendido, con provecho de tiempo y de espacio para problemas más urgentes. Y de aquí una causa de fastidio contra los sistemas, o sea contra la pedantería que puede adherirse a aquella forma de exposición: fastidio legítimo, pero que, como aquél contra la forma definitoria, no puede destruir el sistema en su intimidad, debiéndose tener por cosa cierta que aun cuando se construyeran, en vez de los llamados "sistemas", ensayos y ojalá aforismos, los ensayos y los aforismos, en tanto que filosóficos, también serían siempre íntimamente sistemáticos.

GÉNESIS DEL PREJUICIO SISTEMÁTICO Y REACCIÓN CONTRA ÉSTE.

La oposición a lo sistemático tiene también otro motivo más grave, menos literario y más filosófico, porque a veces la exigencia sistemática *vuélvese prejuicio sistemático*: palabra que requiere explicación, pareciendo a primera vista paradójal que

la exigencia intrínseca de una operación pueda transformarse en prejuicio, o sea en obstáculo a aquella operación. Y, planteada en estos términos, la cosa es ciertamente inconcebible, pero se hace clara y admisible sólo cuando se recuerda que la investigación filosófica es inducción y deducción a la vez, pensamiento de la distinción y pensamiento de la unidad en la distinción, y de los dos procedimientos, que confluyen en uno solo, ninguno de ellos debe oprimir o suprimir al otro. Para pensar, por ejemplo, el concepto de moralidad, es necesario ponerlo en relación y deducirlo de las otras formas del espíritu, esto es, de la unidad, pero a la vez hace falta pensarlo en sí mismo; el pensamiento de la verdadera cualidad del acto moral no puede permanecer aislado y atómico, y por el contrario la unidad no puede asignar el carácter del acto moral, si este acto no está presente en el espíritu y no se hace conocer por lo que él es. En el proceso de la investigación, considerando las otras formas del espíritu, se podrá deducir o postular el acto moral sin, por así decirlo, pensarlo verdaderamente; pero en este caso se usa un procedimiento *heurístico*, se hace una *hipótesis* y la hipótesis debe verificarse después para que se haga pensamiento efectivo y concepto. Ahora bien, el prejuicio sistemático consiste precisamente en pensar la unidad sin pensar las distinciones, en deducir sin inducir, en *convertir* la hipótesis en concepto sin haberla verificado seriamente. De donde resultan las construcciones *analógicas* (o falsamente analógicas, y por ende metafísicas y fantásticas), que se subrogan a las distinciones filosóficas; y el prejuicio sistemático que no es otra cosa que una falsa idea de sistema. Contra la cual, la oposición está justificada; si bien tal oposición cae habitualmente en la equivocación de rechazar con la exigencia falsa la exigencia verdadera, o sea el desechar la utilidad del procedimiento analógico, que es vituperable como conclusión pero no como medio de investigación.

LOS NÚMEROS SAGRADOS Y LOS NÚMEROS FILOSÓFICOS; VALOR DE LA EXIGENCIA QUE EXPRESAN.

Otro aspecto de la desconfianza antisistemática se vuelve *contra el ideal de la simetría*, contra las disposiciones de los

conceptos filosóficos en *diadas*, *triadas*, *tetradas* o en otros números semejantes, que expresan por la precisión la simetría en la ordenación de aquellos conceptos. Y quien recuerde los excesos que ocasionara el amor por la simetría, y la puerilidad por la que se dejaron llevar filósofos elevadísimos debido a su prevención a favor de ciertos números (la pedantería de las construcciones kantianas en tetradas y triadas, y las triadas hegelianas, que los alumnos reducen a veces a ejercicio de prestidigitadores, juzgará hasta saludable, o al menos natural, que por reacción se busque aún lo asimétrico y se declare que los conceptos obtenidos no se pueden disponer en orden, y más bien cambian el tipo de orden de una esfera a otra, pero también que esos y no otros son los conceptos de la realidad, indóciles al yugo del ritmo pero sencillos, asimétricos pero justos. Además, si la reacción es explicable y la desconfianza justificable, es injustificable la hostilidad por principio. Porque, si los conceptos distintos constituyesen unidad, deben necesariamente constituir orden o simetría, de la que ciertos números, que se pueden llamar regulares, son su expresión o *símbolo*. Los conceptos de una ciencia empírica podrán ser treinta y siete, ochenta y tres, ciento trece o cuantos plazca, y de cualquier manera dispuestos; pero los conceptos de la filosofía serán siempre *diadas*, *triadas* y *tetradas* o *similares*, es decir, unidad orgánica de distinciones y correspondencia de partes. Y por esta restablecida necesidad lógica el género humano ha respetado siempre en las religiones *números sagrados*, y, en las filosofías, *números filosóficos*. Quien quiera reír, que ría; pero no reirá bien. El criterio de la simetría no debe convertirse en *prejuicio*, sino que debe todavía servir de comparación a la investigación completa, del mismo modo que ayuda bastante, en cuanto procedimiento heurístico, para la investigación a cumplir. Los astrónomos son elogiados cuando, regidos en sus cálculos por el criterio de la proporción y simetría, hacen la hipótesis de que en tal lugar del cielo se debe encontrar un astro que no se ve en un principio, pero que al fin es descubierto por el telescopio. ¿Por qué no elogiar igualmente al filósofo, que deduce que debe existir en el espíritu, por razones de simetría, una forma que no ha sido todavía bien observada o a la que no se ha prestado suficiente atención, o que por las

mismas razones se deba eliminar una forma, que parece no eliminable, pero que entretanto rompe la simetría? ¿El espíritu, pues, será menos rítmico y simétrico que el cielo estrellado?

IMPOSIBILIDAD DE DIVIDIR LA FILOSOFÍA EN GENERAL Y PARTICULAR.

Concebido de este modo el carácter sistemático de la filosofía, se ve que el sistema no es algo añadido, como un hilo que se emplea para ligar las diversas partes entre sí y extrínseco a los objetos ligados, de manera que se puedan considerar separadamente los objetos y el hilo, las partes y el sistema. En la filosofía no hay partes fuera del todo, ni el todo fuera de las partes; lo que, traducido en otras palabras, significa que no hay ciencias filosóficas *particulares*, como que no hay una filosofía *general*. Proposición de la cual nos hemos ayudado antes para refutar la concepción usual de la Lógica como prólogo de la filosofía, y mostrar cómo en este error (el que, en el caso de la Lógica es facilitado por motivos particulares) está la fuente principal de otros errores semejantes, por los cuales se coloca antes o después de las ciencias filosóficas especiales, como prólogo o epílogo, una Metafísica o una Ontología u otra ciencia, que debería dar la unidad de lo real, del que las ciencias filosóficas especiales darían las distinciones solamente. La verdad es que la filosofía general no es otra cosa que las ciencias filosóficas especiales, y éstas son aquélla: lo plural y lo singular no pueden estar separados en el concepto puro, en el que lo plural es plural de lo singular, y lo singular es singular de lo plural.

ERRORES DERIVADOS DE LA CONCEPCIÓN DE UNA FILOSOFÍA GENERAL, DISTINTA DE LAS PARTICULARES.

La abolición de esta errónea idea de una filosofía general tiene una importancia práctica directa; porque, constituida esta pretendida ciencia merced a un grupo de problemas arbitrariamente reunidos pero que de hecho entran de nuevo en las varias ciencias que se dicen particulares, se ha inducido a

hacer consistir el filosofar verdadero y propio en una confusión, que es ciertamente agitada y sacudida, pero con la agitación y el sacudimiento se hace siempre digna de sí misma, esto es, siempre más confusión. Los problemas de Dios y del mundo, del espíritu y de la materia, del pensamiento y de la naturaleza, del sujeto y del objeto, del individuo y de lo universal, de la vida y de la muerte, desarrollados en la Lógica, en la Estética, en la Filosofía de la Práctica, se hacen insolubles o sólo aparentemente (es decir, verbalística y fantásticamente) solubles; y si bien muchos novicios los afrontan como si fueran el primer paso de la filosofía, muchos viejos profesores se encuentran al fin de la vida con la misma confusión mental que tenían al principio, más bien acrecentada y ahora inextricable a causa de la falsa vía seguida durante tantos años. Es que no han respetado la lógica de la filosofía en las primeras relaciones que han tenido con ésta; y son como aquellos hombres que nunca amarán verdaderamente a una mujer, por haberles faltado, durante su juventud, el respeto hacia la mujer. Por otro lado, las llamadas ciencias filosóficas particulares, privadas de algunos de sus órganos, hechas ciegas o sordas o de algún otro modo mutiladas, son el blanco del psicologismo y del empirismo: de donde los tratados empíricos y psicológicos de la Moral, de la Estética y de la Lógica misma. Contra tal daño, que se enardece ahora más que nunca en los estudios filosóficos, es necesario recordar que la historia de la filosofía enseña cómo el progreso filosófico no se ha obtenido jamás por la pretendida *filosofía general*, sino siempre por descubrimientos efectuados en una u otra de las pretendidas *ciencias filosóficas especiales*. Son descubrimientos de lógica el concepto de Sócrates y la dialéctica de Hegel; es un descubrimiento de ética el concepto de la libertad de Kant; es un descubrimiento de estética el concepto de la intuición; es un descubrimiento de Filosofía del lenguaje la crítica de la Lógica formalista; y así discurriendo. El viejo Dios ha sido muerto por aquellos hombres (modestos y también grandes), que se sentían satisfechos de formular una nueva proposición sobre el silogismo o sobre la voluntad, sobre el arte o sobre la historia; de definir el intelecto abstracto o de circunscribir la fantasía. Si la cosa se hubiese debido esperar de los cultores de la solemne

y vacía "Filosofía general", a estas horas estaría más vivo que antes. Y vivo está, en efecto, junto a los filósofos a que hemos aludido; porque de la confusión que ellos manejan, el Dios mitológico resurge siempre, ya con el nombre de Incognoscible, ya con otros circunloquios, ya con su propio viejo nombre.

BENEDETTO CROCE.